

Javier Sinay

CAMINO AL ESTE

colección andanzas



JAVIER SINAY
CAMINO AL ESTE
CRÓNICAS DE AMOR Y DESAMOR

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: marzo de 2019

© Javier Sinay, 2019

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-660-9
Depósito legal: B. 3.626-2019
Fotocomposición: Realización Tusquets
Impresión: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

1. En algún lugar de Siberia	13
2. Buenos Aires	25
3. Madrid	49
4. Barcelona	61
5. París	83
6. Berlín	107
7. Grodno	135
8. Moscú	167
9. En el tren Transiberiano (I)	181
10. Ekaterimburgo	189
11. En el tren Transiberiano (II)	209
12. Omsk	219
13. Irkutsk	225
14. Ulán-Udé	243
15. Ulaanbaatar	251
16. Pekín	271
17. Seúl	285
18. Tokio	313
19. Kioto	347
Epílogo: Rumbo a Tsuwano	355
Agradecimientos	361

1

En algún lugar de Siberia

El chamán me invita a pasar adentro del *yurt*.

—Bienvenido al Baikal, el sitio más poderoso del mundo —me dice sin sonreír.

Eso es lo que todos aseguran por aquí, en algún lugar de la inmensa Siberia. Entre todos los lagos del planeta, el Baikal es el más antiguo, el más profundo y el más grande, y, naturalmente, los chamanes vibran en la energía que emana de sus aguas sin olas.

Entro al *yurt*, una casa hexagonal de madera, muy común en los paisajes siberianos y mongoles. En medio del recinto hay una chimenea de ladrillo en la que arden unas maderas.

—Fue un viaje largo, muy largo, pero valió la pena —le digo al chamán—. He escuchado que la energía del Baikal es muy intensa.

El chamán —un hombre pequeño y sencillo, de tez morena y cabello grisáceo, que viste camisa gris, pantalón gris, sandalias de cuero negro y medias blancas— me mira fijo con sus pequeños ojos rasgados, levemente inclinados hacia la nariz gruesa. Parece tener la calma de un gigante afable. Es prudente.

—*Tarasun*: se hace en esta misma región —me dice, señalando una botella con un líquido blanco que reposa en una mesita de madera—. Esta bebida se toma también en Mongolia y en Altái.

El tarasun es un aguardiente fermentado de leche de yegua y es la bebida nacional desde que el hombre es hombre aquí en Buriatia, la última región antes de que las montañas del sur de Rusia se conviertan en las montañas del norte de Mongolia.

Pienso que el chamán me va a convidar a un trago, pero no. En cambio, se toca el pecho con el dedo anular.

—Los ancestros del lado materno están a la derecha; los del lado paterno, a la izquierda —dice.

Así entiendo que el chamán guarda el tarasun para los usos rituales.

Hace un rato vi, al costado de la ruta, una *barisan*: un sitio sagrado, un descanso en el camino, un depositario de ofrendas, cigarrillos y monedas con un gran letrero tallado en madera. Advertía, en una lengua antigua: «Esta tierra es de los chamanes».

El chamán me invita a tomar asiento en un largo banco de madera. A mi izquierda cuelga un cuadro en el que galopan dos caballos salvajes, uno blanco y uno negro. El caballo es el vehículo del viaje chamánico. A mi derecha, la llama de una vela flamea ante una ventana abierta.

Si un chamán se niega a hacer uso de su don, se enferma. Su salud se deteriora rápidamente. En Buriatia a esta dolencia se la conoce como «enfermedad chamánica». Este chamán que ahora está frente a mí tenía treinta y siete años cuando sintió el llamado de la misión, y ya no se pudo negar a lo que sería.

En ese momento, era apenas un panadero exitoso. Poco después de la caída de la Unión Soviética el hombre había abierto una panadería en Oloy, el villorrio al costado de la ruta en el que vivía y en el que por muchos años había tenido una tienda de comestibles en su casa y algunas vacas en los pastos de atrás. No mucha gente tenía panaderías duran-

te los años soviéticos porque el asunto había quedado en manos de las grandes compañías estatales, y por eso a él le fue bien. Pronto logró inaugurar una segunda tienda en un pueblo cercano, Ust-Ordinski. Luego otra, en una ciudad, Irkutsk. Y entonces, una noche, en un sueño, entendió que todo eso no tenía importancia. Que su destino era el de un chamán.

Ahora lleva colgado en el cuello un medallón dorado, que obtuvo luego de varias pruebas y ritos. Es un escudo que recibe la energía del universo para agrandar el poder del chamán y al mismo tiempo rechaza las malas vibraciones y confunde con su reflejo a los espíritus bajos.

—Fueron mis ancestros quienes en los sueños me dijeron que debía convertirme en un chamán —me explica—. Yo no pude decir que no. Si lo hubiera hecho, habría muerto.

Así es casi siempre: la vida chamánica comienza con el mensaje de un antepasado, también maestro de conjuros, que lleva el alma del aprendiz al cielo y la educa en lo desconocido.

El chamán cuenta su historia mientras prepara los elementos para su próxima ceremonia: la botella de tarasun, un paquete de cigarrillos, un papel y un bolígrafo. En la chimenea, situada en el centro del yurt, sigue ardiendo la fogata.

—Todo me lo enseñaron mis ancestros en mis sueños y ahora puedo pedirle al cielo y a la naturaleza que me ayuden.

Conoce hasta cuarenta rituales diferentes y duerme a veces tan poco como dos horas por día, en las que ya no sueña: la gente viene a verlo de día y de noche, desde lejos y desde cerca, para pedirle ayuda y consejos.

—Yo no puedo decir que no; siempre debo decir que sí.

Y resulta que ahora el chamán está a punto de invocar a mis ancestros.

Estoy en la mitad del viaje. Dejé mi casa en Buenos Aires, una impetuosa ciudad caída del mapa, para recorrer los escenarios de la noche española, los pomposos puentes parisinos, los antros donde se esconden los freaks alemanes, los castillos de los antiguos reyes eslavos, los bosques rusos de abedules, los desiertos mongoles, los pasadizos en la capital china y los laberintos del hiperconsumo en los malls japoneses.

La mitad del camino me encuentra en Siberia. Es el verano boreal y Siberia ha florecido: corren las aguas de los ríos y la gente sale de sus casas. Hace tres días me bajé de un vagón del tren Transiberiano. Había pasado veintiocho horas a bordo, durmiendo siestas largas y escuchando, por momentos, la charla entre dos hombres que no se conocían, pero que no dejaban de hablar. Conversaban en ruso y yo no sé ruso, pero igual era interesante oírlos. Luego, uno de los dos —el que llevaba una barba muy crecida, vestía humildemente un abrigo raído y leía una pequeña Biblia ortodoxa como si fuera un personaje de Tolstói— me preguntó: «*Mister tourist, do you believe in God?*».

Bajé en la estación de Irkutsk, ya en la región del Baikal. Moscú, una ciudad agobiante que acá parece solo un mal sueño, está a tres días de tren. San Petersburgo está aún más lejos. Aquí los problemas son extraños: los chamanes se quejan de que hay una academia de chamanismo que cobra 50.000 rublos por un diploma (unos 860 dólares) y cuyos graduados luego van a hacer conjuros a la capital. Los chamanes genuinos dicen que si en esta zona hay cien personas que se autoproclaman chamanes, noventa y nueve mienten y solo uno es un chamán verdadero.

El que me recibe se llama Andréi Obsholov y para hablar

con él he llegado hasta Ust-Ordinski, un pueblito a unos 60 kilómetros de Irkutsk formado por unas pocas casas bajas de madera, de corte rústico. Obsholov es uno de los chamanes legítimos: no le interesa salir a buscar fama ni clientela; simplemente pasa los días en el yurt y recibe a quien tenga algún problema en la cabeza o en el cuerpo, en el pasado o en el futuro, en esta dimensión o en alguna otra. Obsholov, como todos los chamanes genuinos del Baikal, cumple en su comunidad la función de doctor, psicólogo y brujo.

En América Latina usamos la palabra «chamán» como propia, pero en verdad es de origen siberiano: en el idioma tungu significa «el que ve en la oscuridad». Y lo hace con su «ojo fuerte» y con su corazón. La práctica está muy extendida por todo el mundo y es prehistórica. Los rituales chamánicos pueden diferir unos de otros, pero tienen al menos un punto en común: son ceremonias que llevan al chamán a acceder a una información que está en una dimensión oculta y que sirve para ayudar a quien lo necesita. Para eso, se invoca a los espíritus entrando en un trance más o menos profundo, más o menos espectacular, y cantando y tocando un tambor, o simplemente recitando una larga prédica.

Ahora Obsholov se pone de pie, cierra los ojos y convoca a sus ancestros y a los espíritus para que luego estos llamen a los míos. Habla de un modo tan acelerado que su oración se convierte en un cántico: no es la lengua rusa, sino un dialecto buriato arcaico. Amontona las palabras e impone su voz de brujo escoltado por las presencias y hace vibrar las sílabas como un tren embravecido, como una tropilla de caballos, como un viento capaz de barrer con todo lo que aún queda en el Gobi seco. Mira a la ventana, y subraya su decir con un movimiento de sus manos. Fuma un cigarrillo tras otro, y exhala una neblina de humo que la luz del sol atraviesa. Bebe tarasun de un vaso pequeño, que es

un vaso de vodka, y ofrenda el aguardiente a la tierra echándolo a través de esa ventana abierta justo cuando su plegaria alcanza un alto dramático. Por fin reposa: el chamán está ahora en su mundo.

Lo desconocido, lo oculto, lo invisible.

La dimensión extraña.

Las respuestas.

La misma escena se repite en varios tiempos, y en ocasiones el chamán se inclina de cara a la ventana, como en una pequeña reverencia ante la naturaleza. Luego toma la botella y vuelve a llenar el vaso. Y continúa. Dice su plegaria y me señala, y mientras tanto yo mantengo, de acuerdo con lo que él me muestra, mis dos palmas hacia arriba. Puedo sentir en ellas la vibrante energía de un sol que en estas latitudes se oculta varios meses, pero que ahora mismo me está iluminando con todo su calor. Luego el chamán apoya la copa sobre la chimenea y me indica que salpique el fuego con unas gotas, y lo hago igual que el niño que sube al escenario convocado por un mago.

Todo adquiere un tono de ensoñación, la madera de las paredes comienza a oscurecerse y el chamán recita tan rápido que podría hacer despegar el yurt como una nave espacial.

La ceremonia termina cuando la botella de tarasun se ha vaciado.

Luego el chamán hace una pausa. Respira.

—Tus ancestros son poderosos —me dice, mirándome serio.

Obsholov asegura que se han presentado ciento setenta de mis antepasados, y que están aquí en el yurt, ahora, junto a nosotros.

En el inicio de los tiempos, Khara-Gyrgän, el primer chamán buriato, se jactó de tener un poder ilimitado. Incluso ante Dios.

Pero Dios lo puso a prueba: tomó el alma de una muchacha, la metió en una botella, tapó el pico con un dedo y desafió a Khara-Gyrgän a liberarla. El chamán se sentó en su tamboril, voló a los cielos y desde allí vio el alma de la muchacha. Pensó cómo liberarla y tuvo una idea: se convirtió en una araña y picó a Dios en la cara. Dios no lo pudo evitar: soltó la botella y el alma de la muchacha escapó. Dios fue burlado por un humano. Chamán, pero humano. Furioso, Dios empequeñeció el poder de Khara-Gyrgän y de todos sus continuadores, y desde entonces las habilidades mágicas de los chamanes buriatos han disminuido sensiblemente. Pero aún son maestros en el contacto con los muertos y con los espíritus.

El ritual de Obsholov dura algo así como una hora durante la que repite oraciones buriatas, bebe tarasun, fuma, me hace beber a mí. El ardor del tarasun me quema la garganta. Esta sucesión se repite una y otra vez, y entre una cosa y otra él toma el bolígrafo y el papel, y anota algo: ha observado que mi antepasado más poderoso es una abuela de diecisiete generaciones atrás.

En la cultura de los chamanes está claro que el mundo que habitamos coexiste y se superpone con una dimensión de espíritus, dioses y sujetos que nos afectan sin que nos demos cuenta. Todo se trata, en cierto modo, de preguntas y respuestas entre estos planos.

Viajar también es una forma de hacer (y de hacerse) preguntas. No se viaja en busca de respuestas, sino de preguntas más adecuadas. En la contemplación del lago Baikal, en sus infinitas aguas azules y heladas, aparecen muchas. Las respuestas pueden estar más o menos cerca, en el camino,

o quizás en las palabras de los otros. Viajar solo, como viajo ahora, es también un modo de verse a uno mismo a través de los demás, y me pregunto cuánto tenemos en común el chamán y yo. Quizá pocas cosas. Pero hay algo: el viaje del cuerpo es también una forma de viaje del alma. A veces, de algunos viajes, el cuerpo vuelve cansado y el alma resucitada.

Viajar es un modo de redescubrir un mundo que conocemos, o que creemos conocer por las películas y las noticias, y que en verdad hemos congelado en una colección de estereotipos. El verdadero mundo, el que se puede pisar, es un territorio muy diferente al que damos por hecho o al que nos hemos imaginado: está lleno de recovecos, y en cada recoveco hay una oportunidad, una historia y una revelación.

Yo viajo en busca de una mujer.

Ella me espera en un sitio en el que el sol brilla cuando yo, muy lejos, miro la luna.

Pero también viajo en busca de un inmigrante africano que es casi un seductor serial, una pareja de esposos que actúa en cine porno, un pakistaní sin papeles que vende candados con forma de corazón, un diputado alemán que se enamoró obsesivamente de su secretario, un rabino que soñó en 1894 con el suelo de América, un gánster que habló peligrosamente de más con su enamorada, un obrero de la industria pesquera que se acaba de divorciar porque descubrió que su mujer no era como él creía, una española que sedujo a un ruso en un tren, el ruso que durmió con ella tres noches en una litera angosta, un policía que nunca logró superar la infidelidad de su esposa, un cantor mongol que bendice matrimonios tocando un violonchelo de dos cuerdas, los protagonistas de una boda que se conocieron en otra boda, un anciano chino que todos los días marcha al

parque a buscar un novio para su hija, una abuela de treinta y cinco años que sirve sake en la ciudad más tecnologizada del mundo, un dandi japonés de conversación tarifada y, por supuesto, un chamán que recibió su don en sueños.

Yo viajo en busca del amor. Y de lo que lo rodea.

Hablar seriamente sobre el amor es tan complicado como hablar seriamente sobre el embrujo de un chamán. El amor, como un embrujo, es algo que todos llevamos dentro, algo en lo que pensamos mucho y de lo que hablamos poco. El amor es una fuerza bastante misteriosa.

Cuando me di cuenta de que había comenzado este viaje alrededor del mundo tan solo para estar cerca de una mujer, me pregunté qué cosas hace la gente por amor y me propuse contar esas historias en cada uno de los sitios que recorriera. Pero la pregunta no estaba completa: el amor no es solo el amor; es también la sexualidad y es el desamor y es la compañía y la soledad.

Hablar del amor es una tarea titánica. Mejor es preguntar: ¿qué es hoy buscar una pareja? ¿Cómo son los celos en estos años? ¿Qué es la frustración? ¿Qué significa pagar por compañía? ¿De qué se trata ahora juntarse, comprometerse, casarse? ¿Y qué es un levante?

En todos lados, las historias de amor e incluso sus chismes cautivan a quien los escucha. Pero si son un gran tema, ¿por qué los periodistas solemos relegarlas de nuestras crónicas y nuestros reportajes «serios»? ¿Por qué las consideramos un argumento de novela rosa? Aunque los vínculos humanos nos importan demasiado, esas historias se ven poco en los espacios más respetados del periodismo.

Encontré una encuesta de Gallup: cerca del 70 por ciento de la población mundial se siente amada (pero el planeta

continúa pareciendo un campo de batalla). La investigación se realizó en el año 2013, en ciento treinta y seis países, con una pregunta: «¿Ha experimentado usted amor en el día de ayer?». Nunca nadie había hecho una encuesta sobre el mismo tema en tantos países. Tomando el mundo como una unidad, quienes están en pareja de hecho son los que aman más y los que se sienten más amados. Siguen luego los casados, los solteros y por último los viudos y los divorciados. En el rango de entre treinta y cincuenta años es donde el amor llega más fuerte. Filipinas es el país en el que parece haber más amor: el 93 por ciento de la gente respondió positivamente. El de peor performance es Armenia, con un 29 por ciento de enamorados. Y en cuanto a las regiones, América Latina es la que tiene más habitantes que experimentan este sentimiento.

Pensé, primero, que era exagerado decir que cerca del 70 por ciento de los seres humanos ha amado en un día cualquiera; es decir, en el día anterior al de la encuesta. Pero después me di cuenta de que, entre la gente que conozco, la mayoría respondería lo mismo. ¿Darte cuenta o confesar que ayer no amaste a nadie? Quizá no sea un descubrimiento feliz.

Erich Fromm creía que la humanidad no podía existir sin amor. Pero él no hubiera sustentado una encuesta como la de Gallup: estaba seguro de que el amor genuino era un fenómeno marginal en su sociedad, que también es la nuestra. Fromm hablaba del amor genuino como una actividad vitalista o, en sus palabras, como «la única respuesta satisfactoria al problema de la existencia humana». Esto es: el vacío.

Según Helen Fisher, una famosa antropóloga biológica especializada en sexualidad humana, una persona enamorada puede pasar hasta el 75 por ciento de su tiempo pensando en otra. Y una persona atrapada en un amor obsesivo, hasta el 95 por ciento. Los psicólogos y los psiquiatras han

pasado al menos cincuenta años intentando crear un método correcto para medir la pasión. Obviamente, no lo lograron. Produce risa tan solo pensar que tal artilugio sea posible.

Hay tantos amores como amantes, y hablar del amor es una tarea titánica. Por eso yo no voy a hablar del amor. Voy a hablar de sus historias.

Aunque entre mi casa en Buenos Aires y este yurt en Ust-Ordinski hay dos continentes, dos cadenas de montañas y un océano, el chamán parece saber mucho sobre mí: me revela ciertos episodios por venir y me dice algunas cosas en las que me quedaré pensando durante varios días, aunque son asuntos que no tienen que ver con el futuro, sino con el presente.

No puedo decir que definitivamente he sentido la presencia de los espíritus en el yurt, pero sí que las palabras del chamán me llegan hondo. Obsholov me pide que en los tres días siguientes no le cuente a nadie acerca de la ceremonia ni sobre mis ancestros. Supongo que de ese modo la energía invocada (o quizá la que ahora me recubre) no se dispersará. Ha sido todo tan especial que me gustaría contárselo a cualquiera cuanto antes, pero no lo haré, seguiré la indicación.

Después me da un papel y una moneda de 5 rublos. Anota una oración que debo repetir cuando vuelva a casa para invocar a mi ancestro más poderoso, aquella abuela antigua, y bendice la moneda.

—Tus caminos están abiertos. Tu alma va contigo. Agradece a tus ancestros, que te abren los caminos —me dice, al final.

El chamán luce un poco cansado luego del trance. Alza la mano, señala la luz del día.

—Ahora puedes atravesar esa puerta e ir por el mundo.